

APACHITA 7

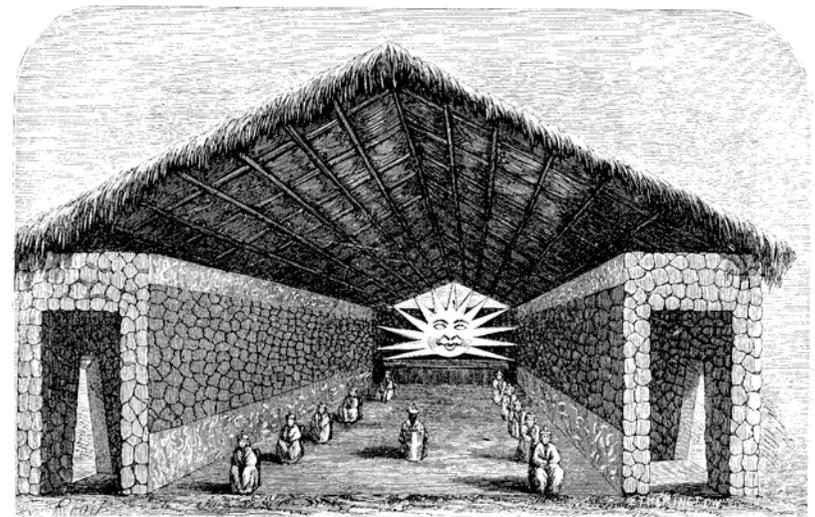
SEPTIEMBRE 2006

BOLETÍN DEL ÁREA DE ARQUEOLOGÍA. ERNESTO SALAZAR, EDITOR.



Area de Arqueología
Escuela de Antropología
Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Quito

Portada: El templo del Sol. Tomado de "Voyage de l'Océan Atlantique à l'Océan Pacifique à travers l'Amérique du Sud", por M. Paul Marcoy, *Le Tour du Monde*, 1863.



APACHITA, N° 7, septiembre de 2006
Ernesto Salazar, editor
esalazar@puce.edu.ec

Indice

La metalurgia precolombina. Técnicas y significados <i>Catherine Lara</i>	3
Santuarios de altura <i>Julio Mena</i>	5
Las mal llamadas “Venus” <i>Lupe Cruz D’Howitt</i>	7
Las ruinas de Cuélap (1875) <i>Miguel Valverde</i>	8
La cita de “Apachita” Noticias Frescas	9
Eventos Arqueología para tímidos	11
Circulando	12
Arqueomusas (Escenarios Antiguos III) <i>Ernesto Salazar</i>	12



LA METALURGIA PRECOLOMBINA TÉCNICAS Y SIGNIFICADOS

Gatherine Lara

El continente americano cuenta con una de las más importantes tradiciones metalúrgicas del mundo. Irónicamente, la mejor prueba de ello la dieron los conquistadores europeos, al identificar a América con “El Dorado”, en base a la riquísima tradición metalúrgica que hallaron en el nuevo continente, y que fue en gran parte absorbida por su codicioso afán de enriquecimiento.

Desde ese entonces, la huaquería no ha dejado de causar irreparables estragos en el patrimonio metalúrgico prehispánico de América. Los arqueólogos fueron los primeros en superar la simple atracción superficial del brillo del metal, dando paso a una investigación profundizada sobre el significado de los objetos que, como cualquier producción cultural (y más aún, de pueblos desaparecidos), merecen todo el respeto y la atención por parte de la comunidad científica y de las autoridades responsables de la protección del patrimonio y la construcción de identidades nacionales.

La arqueología metalúrgica se vale principalmente de las múltiples referencias etnohistóricas y etnoarqueológicas existentes en torno a las técnicas metalúrgicas, así como de análisis químicos operados sobre el registro metalúrgico. De esta manera, los arqueólogos estuvieron en capacidad de “hacer hablar” a las piezas sobre el mundo de sus creadores.

Si bien se habla de una “metalurgia americana”, la diversidad cultural del Nuevo Mundo engendró una variedad de técnicas y estilos metalúrgicos, desde el área de los Grandes Lagos hasta Argentina y Chile. De hecho, el relieve americano colma al continente con numerosos yacimientos de diversos metales: el cobre de los Grandes Lagos, el oro de la zona peruano-boliviana, la plata del Ecuador, o el cobre y el estaño de Mesoamérica, Argentina y Chile.

El metal se extraía mediante dos tipos de procedimientos: el bateaje, o extracción del oro de los ríos en bateas, y la explotación superficial o de minas. Los mineros contaban con una gama variada de martillos y canastas para extraer y transportar el metal. La etapa siguiente del procesamiento metalúrgico consistía en la fabricación de las piezas. Así, la materia prima era trabajada mediante diversas técnicas, entre las cuales citaremos al martillado, la fundición (particularmente con el procedimiento de la “cera perdida”), el enchapado, la soldadura y la granulación. La superficie de la pieza era luego preparada mediante técnicas que abarcan ya el campo artístico, esto es el de la orfebrería: martillado sobre molde de madera, repujado, cinceladura, filigrana, calado e incrustación. Por último, las técnicas de acabado tales como la *mise-en-couleur*, el dorado de hoja, el dorado y plateado por fusión o en baño, por depleción o desplazamiento electroquímico, rinden testimonio del grado de perfección en el manejo

de la materia prima alcanzado por los orfebres precolombinos.

Desde luego, los artesanos precolombinos parecen haber tenido fuertes motivaciones religiosas que explican de alguna manera su esfuerzo técnico y artístico. En efecto, el metal tenía una compleja significación simbólica en las culturas precolombinas. Asociados a las divinidades del sol y la luna respectivamente, el oro y la plata eran vistos como regalos de los dioses. Desde esta perspectiva, el metal representaba el orden primordial, identificado como fuente de energía y poder, razón por la cual la orfebrería precolombina consta de una amplia gama de representaciones zoomorfas, a su vez símbolos de la fuerza de la naturaleza. Por otra parte, el hallazgo de numerosas piezas en contextos funerarios refuerza la idea del metal como símbolo de lo primordial, al que regresa el individuo cuando muere.

El carácter sagrado atribuido al metal aclara, por ende, el sentido de la ritualidad y los festejos desplegados en torno a su extracción, tales como se los practicaba en Colombia, por ejemplo. Una vez procesadas, las piezas eran a su vez motivo de celebraciones en honor al cosmos, al que representaban, pudiendo también ser consagradas en calidad de ofrendas. Las *tincullpas* o máscaras rituales, estudiadas por Jijón y Caamaño y usadas en las culturas precolombinas de la costa del Ecuador, son un ejemplo de este uso ritual, el cual era asegurado en algunos casos por congregaciones sagradas de orfebres.

Esta última característica nos lleva al tema de la implicación política del uso de los metales. De hecho, el manejo de una sustancia sagrada habría otorgado a los orfebres (y más aún a sus gremios), un prestigio particular entre las élites políticas y/o religiosas. No se descarta la hipótesis de la existencia de

señores-orfebres. A nivel regional, el control de la producción metalúrgica, por parte de determinadas culturas, habría incrementado su aura de poder frente a los demás grupos sociales. De esta manera, la acumulación de piezas metálicas se encontraría estrechamente vinculada a la adquisición creciente de estatus y poder, tal como lo sugiere el ejemplo de las hachas-monedas, encontradas en Perú, Ecuador y Mesoamérica.

Por otra parte, la presencia de especialistas exclusivamente dedicados a la orfebrería sugiere ya una capacidad, por parte del grupo, de mantener individuos que no tenían que trabajar la tierra. Esta relación entre metalurgia y complejización social fue estudiada por el arqueólogo Carl Henrik Langebaek para el caso de Colombia. Frente a la evidente “decadencia” estilística observada en el registro metalúrgico colombiano, el investigador plantea que corresponde en realidad a un proceso de consolidación del poder: la rivalidad existente por el control político en las etapas iniciales, explicaría que cada grupo de parentesco haya buscado legitimar su fuerza mediante la producción deuntuosas piezas, mientras que el dominio político ya establecido de familias determinadas en la era cacical, justificaría la estandarización de la metalurgia, en detrimento de la calidad artística.

En el caso inca, se plantea asimismo que la difusión e imposición del bronce estañífero en todo el imperio, respondió a una intención de control sobre los territorios conquistados, por lo cual se evidencia la relación existente entre metal y poder.

Por último, señalaremos que las consideraciones tomadas en cuenta en este artículo hacen referencia directa al concepto de provincia metalúrgica, ampliamente usado en arqueología. La provincia metalúrgica configura un área de influencia constituida por

diversas culturas que desarrollaron técnicas y estilos metalúrgicos similares en base a un contacto continuo y al intercambio de patrones culturales. Más allá de simples similitudes técnicas o estilísticas, la provincia metalúrgica es indicadora de la ideología religiosa, política, económica y social que fue intercambiada junto a técnicas y estilos.

Desde este ángulo, las áreas metalúrgicas del continente americano se podrían dividir en: zona de los Andes Meridionales (Sur de Perú, Bolivia, Chile y Argentina), Andes Septentrionales (Ecuador y norte de Perú), Caribe y Mesoamérica. No obstante, esta segmentación geográfica no excluye la consideración de múltiples contactos entre cada una de estas provincias. La técnica de la tumbaga, por ejemplo, originaria de los llanos venezolanos, habría llegado a las culturas del norte del Ecuador a través de los Chibchas. A la arqueología le queda aún mucho por investigar en lo que se refiere al contexto de este tipo de intercambios.

La importante destrucción sufrida por el registro metalúrgico precolombino, así como la imposibilidad de estudiar muchas piezas "en contexto", dificultan considerablemente el cariz antropológico del trabajo arqueológico a saber, la reconstitución y reflexión sobre el significado cultural de las piezas. Afortunadamente, los progresos de la ciencia relanzan la esperanza de nuevos descubrimientos que contribuyan al esclarecimiento de múltiples incógnitas, a través del aporte de nuevas perspectivas de conocimiento. Se podrían citar los casos de la arqueología cognitiva o de propuestas teóricas multidisciplinarias sobre la manifestación de los fenómenos políticos y sociales. No obstante, el despliegue de políticas de protección del patrimonio arqueológico (especialmente latinoamericano) es imperativo dentro del desarrollo de perspectivas teóricas nuevas. Repo-

sa entre las manos de los arqueólogos el contribuir a enmendar los errores del pasado, haciendo revivir la riqueza y memoria cultural de pueblos que fueron injustamente borrados de los recovecos de la historia.



SANTUARIOS DE ALTURA

Julio Mena

El sistema montañoso andino ha regulado en gran medida la vida cotidiana de sus antiguos pobladores. La presencia física de las montañas y la majestad del paisaje ha determinado que la vida religiosa de los pueblos prehispánicos esté regida por una fuerte interrelación del hombre con la naturaleza, dando como resultado la sacralización del paisaje y la aparición de la geografía sagrada, que hoy es accesible por medio del registro arqueológico

La mayor parte de información disponible sobre la religiosidad andina proviene de las crónicas y fuentes etnohistóricas, ya que las evidencias materiales han desaparecido

por la destrucción de templos y objetos rituales, a raíz de la conquista española. Sin embargo, alguna evidencia ha logrado sobrevivir al embate cultural europeo, como es el caso de los santuarios de altura.

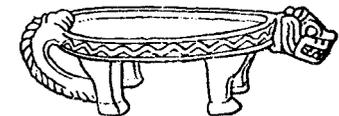
Las circunstancias ambientales que rodean a las montañas son óptimas para la conservación de la cultura material, y por ende la reconstrucción de rituales que tenían gran incidencia en la vida cotidiana de los pueblos andinos. Se conoce que las altas cumbres eran concebidas como moradas de las deidades y los espíritus ancestrales. Los incas incluyeron en el concepto de "huaca" no sólo las altas cumbres, sino también otros rasgos del paisaje que, por su naturaleza especial, eran objeto de tributo y adoración.

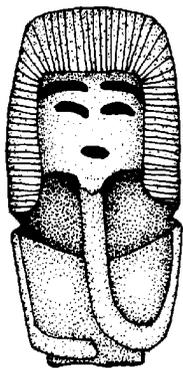
El registro arqueológico de las altas montañas es muy variado, aunque predomina la ofrenda humana. Cómo y por qué las altas cumbres ingresaron en el ritualismo andino son preguntas que los estudiosos tratan de dilucidar aproximándose al complejo sistema de ceques que se extendía por todo el Tahuantinsuyu y que fue utilizado para la realización del ritual de la capacocha, de amplia incidencia social y política en la vida del imperio. El ritual constaba de dos eventos, primero la convergencia en el Cuzco de víctimas sacrificiales, generalmente niños, y ofrendas procedentes de todo el imperio, y segundo, la redistribución de estas ofrendas a lo largo de las huacas que marcan los ceques, por medio de desfiles y procesiones. Ninguna huaca quedaba descuidada o sin su respectiva ofrenda ya que se podía provocar la ira de las deidades.

En el cerro El Toro (Argentina), se ha encontrado un sacrificio a más de 6000 m.s.n.m., que no sólo muestra la intensa actividad ritual en los Andes, sino también la excepcional habilidad para el ascenso a las

cumbres de las montañas, por parte de los incas. Otro lugar distinguido por la cantidad de osamentas encontradas es el Aconcagua. La evidencia aquí registrada se circunscribe en el marco del ritual antes mencionado, ya que la edad y sexo de los niños encontrados así lo confirma. En el ritual de la capacocha solo se sacrificaban niños, aunque no se ha podido establecer si estos y sus familias tenían estatus especial en la sociedad cuzqueña. El tributo a las huacas tiene muchas explicaciones, pero el principio de reciprocidad, generalizado en la cultura andina, habría jugado importante papel. En efecto, con el sacrificio, se pretendía devolver o retribuir los favores propiciados por estos lugares sagrados.

El ritual se llevaba a cabo en la cumbre más alta. No obstante, las cumbres más bajas de las montañas circundantes podían cumplir funciones oraculares con respecto al lugar en donde se había establecido el enterramiento que, por su altura, tenía mayor jerarquía. Otro aspecto importante de estos santuarios es la quema de ofrendas. A este respecto, las crónicas destacan el constante tráfico de madera hacia las cumbres de las montañas. Hay que reconocer que mucho de estas investigaciones de altura fueron realizadas inicialmente por montañistas con obvias limitaciones en el campo de la arqueología. Sin embargo, la disciplina cuenta ya con esforzados arqueólogos profesionales que han aceptado el reto de las cumbres para dilucidar de manera sistemática esta última frontera del conocimiento de las culturas andinas.





LAS MAL LLAMADAS “VENUS”

Lupe Cruz D'Howitt

Por más de dos décadas, he tenido el privilegio de tener en mis manos piezas arqueológicas del Antiguo Ecuador, las mismas que siguen llamando mi atención por su forma e iconografía pletóricas de simbolismo mítico y religioso. Por la valoración y respeto a estos logros ancestrales autóctonos, algo y protesto categóricamente contra la denominación de las figurinas de Valdivia como “Venus”.

En la década de 1950, el arqueólogo Emilio Estrada descubrió, en la zona costera de Valdivia, un asentamiento agro-alfarero reconocido hasta el momento, en los medios arqueológicos, como el más antiguo de América. Este hallazgo fue de gran interés científico, sobre todo por la presencia de unas figurinas antropomorfas, especialmente de mujeres, cuyo significado ha sido interpretado por varios estudiosos como un vínculo directo con la fertilidad.

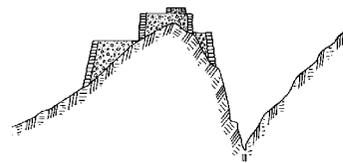
Por obvias razones, no sabremos nunca el nombre específico que tenían estas figurinas en la cultura Valdivia. En otras culturas no ecuatorianas, artefactos similares representativos de la feminidad, la fertilidad o la abundancia, han recibido nombres como Afrodita, Astarté, Creirwy, Erzulie, Freya, Ixchel, Huitacas, Chalchiuhtlicue, Kades, Venus, etc. Estimo, sin embargo, que estas analogías no dan derecho a aplicar nombres ajenos a nuestras figurinas valdivianas. La adopción de la denominación de “venus” afecta por igual tanto a las venus griegas y latinas, como a las precolombinas que, aunque análogas en su representación general de la mujer y sus atributos, pertenecen a contextos culturales muy diferentes.

Con esa disposición de juzgar con mirada occidental a las culturas precolombinas del Ecuador y América, no deberemos asombrarnos de encontrar en la literatura arqueológica denominaciones como los “pensadores” de La Tolita, los “budas” de Bahía (aunque nuestros personajes no presentan adiposidad), las “monalistas” de Jama-Coaque, y las “vestales” peruanas.

En este punto me parece relevante presentar el argumento al revés. ¿Cómo reaccionarían los italianos o en general los estudiosos del arte si a los hermosos mármoles de la antigüedad clásica les llamáramos “Valdivias” griegas o romanas? Ciertamente, nosotros podríamos legitimar el cambio, por simple argumento de precedencia, si se considera que las figurinas de Valdivia datan de 3600 a.C., mientras las venus europeas datan sólo de 600 a.C.

Tenemos una lengua románica muy rica y variada, además de otras lenguas indígenas autóctonas. ¿Entonces, por qué no buscar en ellas un apelativo más consonante con nuestra idiosincracia lingüística, o simplemente u-

tilizar el término de “figurinas” para los artefactos de Valdivia?. Deberíamos identificarnos con nuestro pasado de una forma sencilla, clara, sin complejos, sin héroes falsos, sin reinos inexistentes ni nombres importados. Reconozco que existen nomenclaturas y tecnicismos en arqueología, como en cualquier ciencia, pero la adopción de nombres ajenos me parece que altera el arte autóctono y al arte en general. Llamemos a las cosas por sus nombres para que no surjan malas interpretaciones ni confusiones, sobre todo en las nuevas generaciones.



LAS RUINAS DE CUÉLAP (1875)

Miguel Valverde

NOTA DEL EDITOR. El presidente Gabriel García Moreno solía desterrar al Perú a sus oponentes políticos. Al efecto, un piquete de soldados llevaba al desterrado hasta la frontera, donde era sumariamente abandonado, sin opción de regreso. Poco dramática, se diría, si la despedida se hubiera efectuado en la Huaquillas, Macará o Rumichaca de hoy. Pero el asunto es que tenía lugar en los confines de la difusa frontera amazónica, muy cerca de la confluencia del río Napo con el Amazonas! Allí fueron a parar, en 1875, dos ilustres políticos, Federico Proaño y Miguel Valverde, quienes hicieron en seis meses la travesía de selvas y montañas hasta llegar a Lima. Fruto de este periplo es la breve visita que los

mencionados presos hicieron a las ahora famosas ruinas de Cuélap, Chachapoyas. Por tratarse de uno de los primeros reportes de este sitio arqueológico (posterior tal vez sólo al de Juan Nieto de 1843) se consigna aquí el breve texto de Valverde, por su carácter anecdótico:

“Cerca de Chachapoyas, sobre el lado izquierdo del Utcubamba, pero a mucha distancia del río, se encuentran en una eminencia las ruinas de la fortaleza de Cuélap, que Proaño y yo no quisimos perder la ocasión de visitar. Según la tradición, la fortaleza fue erigida por una raza de gigantes, en época muy anterior a la incaica, y en verdad que la construcción ciclópea difiere mucho de los edificios levantados por los incas. A ojo de buen cubero, pues carecíamos de tiempo y de instrumentos para un estudio completo y detenido, calculamos que la construcción, de forma irregular y laberíntica, abrazaba un espacio de algo más de un kilómetro cuadrado. Los muros han sido fabricados con piedras enormes, algunas de las cuales miden más de un metro cúbico, y uno de los lienzos mejor conservados tenía casi veintidos metros de altura por uno de sus lados.

En el interior de esta estructura verdaderamente colosal, hay otras construcciones de una época muy posterior, hechas de tierra y ladrillos, y en algunas de éstas encontramos dibujos y jeroglíficos que reproducimos (*). Cuentan las crónicas lugareñas que, aproximadamente en el período incaico, que fue dilatadísimo, todo un pueblo se encerró dentro de los muros de Cuélap y sostuvo allí un sitio de muchos años. Aunque no encontramos el menor vestigio de fuentes o pozos, la leyenda parece confirmada por el hecho de que la fortaleza es una vasta necrópolis, llena de sepulcros y de restos humanos.”

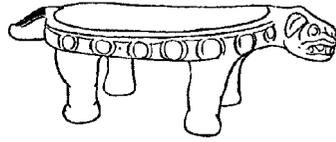
* “Desde el día de nuestra salida de Quito con dirección al Napo, fue convenido y resuelto que mi compañero don Federico Proaño se encargaría de coleccionar nuestros apuntes, etc., y hacer la relación escrita de nuestro viaje desde Quito hasta Lima. Con tal objeto, recogió Proaño en Lima todos los datos que habíamos podido reunir y conservar durante los ciento setenta y seis días de nuestra marcha, incluyendo, entre lo mas notable, muestras y manuscritos relativos a algunas plantas raras (especialmente variedades parásitas de la familia de las orquídeas), mariposas y otros insectos, dibujos de tumbas y jeroglíficos tomados en el interior de la fortaleza de Cuélap, una relación de nuestra visita a la gruta de Ludmurcu y detalles interesantes sobre los monumentos históricos de Cajamarca. Desgraciadamente, mi amigo murió en Quezaltenango, sin haber podido cumplir la tarea que se había impuesto y sin dejar entre sus papeles ningún indicio de los materiales expresados, según informes suministrados por su hija Bolivia, a pedido mio”.

Tomado de Miguel Valverde, 1919, *Las anécdotas de mi vida*, Tomo 1:153-154. Tipografía Italo-Oriental, Grottaferrata.

La cita de “Apachita”

“Dar ‘género’ al pasado requiere volver a ubicar a la mitad de la humanidad faltante en los estudios científicos y narraciones androcéntricas que, demasiado a menudo, han omitido a las mujeres y han ignorado los aspectos de la vida social asociados con ellas”.

Karen Olsen Bruhns y Karen E. Stothert, 1999, *Women in Ancient America*, p. 4, University of Oklahoma Press, Norman.



NOTICIAS FRESCAS

Sitio arqueológico en peligro

El Ministerio de Turismo está a punto de vender a una gran empresa constructora nacional, el predio y las instalaciones del antiguo Hotel Samarina del Cantón La Libertad, Península de Santa Elena. En el subsuelo del hotel existen restos arqueológicos pertenecientes a la cultura Guangala (Periodo de Desarrollo Regional: 800 a.C. - 800 d.C.), y no se descarta la presencia de otros vestigios de culturas más antiguas. La implantación y sistema de construcción empleados en la edificación de las instalaciones del Hotel Samarina, ha permitido la conservación de este sector del yacimiento arqueológico codificado como OGSE-46, por G. H. S. Bushnell en 1951. Por tanto, se teme que la adjudicación del predio a manos privadas, implique nuevas construcciones que afectarían el patrimonio cultural del sector (Erick X. López Reyes, Escuela de Hotelería y Turismo, UPSE).

El observatorio astronómico más antiguo de América

El arqueólogo Robert Benfer (Universidad de Missouri) ha descubierto en Perú lo que parece ser el observatorio celestial más antiguo (4200 años) del continente americano. Está construido encima de una pirámide de 11 m. de altura, con alineamientos precisos y líneas de visión que parecen constituir

un calendario astronómico con fines agrícolas. Entre los hallazgos se destaca una versión antigua de la conocida “cara triste” flanqueada por dos animales. Al momento de ser descubierto, el sitio marcaba la posición del solsticio de invierno. Hay evidencia, pues, de que en América del Sur hubo una civilización que se desarrolló antes de la aparición de la cerámica (\pm 1500 a. C.) (Los Angeles Times, mayo 17, 2006).

Nubarrones en el horizonte de Getty

La villa Getty de Pacific Palisades, California, está en la mira de Italia y Grecia que reclaman decenas de objetos de este museo, en razón de que estas antigüedades fueron sacadas ilegalmente de sus contextos arqueológicos e históricos. Los griegos reclaman, por ahora, cuatro importantes objetos (entre ellos una corona funeraria de oro) y han abierto una investigación judicial contra el tratante griego que hizo negocios por varios años con la Getty. El gobierno italiano, en cambio, está tras de 52 artefactos, entre ellos algunas estatuas. La inauguración de la villa, cuya expansión y renovación costó 275 millones de dólares, tuvo lugar al mismo tiempo que la excuradora de antigüedades respondió en Roma a un juicio por tráfico ilícito de antigüedades, y el gerente ejecutivo se reunía con funcionarios italianos para considerar el reclamo italiano. La villa Getty está dando largas al asunto, arguyendo que no es museo de arqueología sino de arte. Será razón suficiente para no devolver las piezas? (New York Times, mayo 15, 2006).

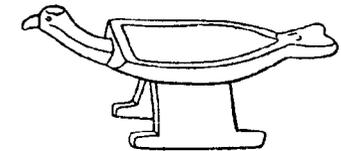
Una peruana misteriosa

Si el lector pensaba que las mujeres precolombinas se enterraban siempre con sus ollas de cocina, una pequeña sorpresa ha anunciado la NationalGeographic Society (junio 2006, versión en inglés), con el descubri-

miento de la momia tatuada de una mujer mochica muerta hace 1600 años, que yacía, junto a sus agujas y utensilios de tejido, con nada menos que 2 mazas de guerra y 23 propulsores de flechas. Fue descubierta en el sitio El Brujo, en la pirámide Huaca Cao Viejo cerca de Trujillo (norte de Perú), y el arqueólogo Régulo Franco estima que si no era una guerrera, era sin duda una mujer de alto status.

Traficantes de antigüedades ecuatorianas

El 16 de julio del presente año, la oficina del fiscal general de EE.UU., distrito sur de Florida, reportó el arresto de los ciudadanos Edgar Nakache, Susan Avilés y Cecilia Marcillo Avilés por la importación ilegal de 150 artefactos precolombinos, desde Ecuador, con un valor estimado de 2 millones de dólares. El ilícito fue detectado en un email que ofrecía la venta de 600 artefactos, y que fue captado por funcionarios del Consejo Internacional de Museos (ICOM) de París, que contactaron a la INTERPOL de Francia, que a su vez contactó a la policía de Ecuador, que finalmente pasó el dato al FBI de EE. UU. Agentes encubiertos de esta oficina contactaron a los sospechosos, establecieron la autenticidad de los artefactos, y procedieron a la captura de los traficantes que, de ser condenados, enfrentan prisión de hasta 10 años.



EVENTOS

En el mes de Julio se inauguró en el Museo de Gross Saint-Florian, Austria, una muestra arqueológica "La vida cotidiana en el Ecuador precolombino", y la exposición "El Fuego de Dios, simbología del Septenario de Cuenca", bajo dirección y curaduría del Profesor Ernesto Salazar (Escuela de Antropología, PUCE). Las exposiciones mencionadas son parte del proyecto "Todo Ecuador" que, durante seis meses, expondrá diversos aspectos de la cultura ecuatoriana, incluyendo muestras de artistas como Kingman, Viteri y Chalco.

Del 23 al 25 de Agosto, en la Dirección Cultural Regional del Banco Central, Guayaquil, se realizó el Simposio sobre "La Cultura Valdivia y el Proceso Formativo Ecuatoriano", para conmemorar los 50 años de investigaciones en Valdivia.

Está circulando el libro "Alexander von Humboldt. Diarios de viaje en la Audiencia de Quito" (Oxy, 2005), editado por Segundo Moreno Yáñez (Escuela de Antropología, PUCE) y con traducción de Christiana Borchart de Moreno. Independiente de su importancia bibliográfica para el país, el arqueólogo encontrará en esta publicación descripciones más detalladas y gráficos de sitios como San Agustín del Callo, Paredones de Culebrillas, Ingapirca, y algunos sitios del norte del Perú; además de interesantes comentarios sobre el capac-ñan.

El II Congreso de Antropología y Arqueología Ecuatoriana ha cambiado la fecha de su realización a la semana entre el 6 y el 10 de noviembre. Están llegando ya los "abstracts" de las ponencias del simposio de Arqueología, y esperamos más participación de los colegas ecuatorianos.

El arqueólogo estadounidense Samuel Conell realizó en julio-agosto su campaña de excavaciones en el sitio de Quitoloma. Recintos con arsenal lítico (piedras de honda y boleadoras), y pucarás locales (?) con contrafuertes de bloques de cangahua, son algunas novedades de esta campaña. Nuestros estudiantes Julio Mena, Andrea Yáñez y Oscar Cajas participaron activamente en esta temporada.

La arqueóloga Josefina Vásquez, Profesora de la Escuela de Antropología, PUCE, viajó a EE.UU. para obtener su Ph.D. en la Universidad de Pittsburg. *Apachita* le desea éxitos en su formación profesional.

Arqueología para los tímidos

Ante el lamento de un estudiante de ciencias humanas, "forzado" a tomar un curso de una ciencia "dura" para completar su pensum, el provocativo investigador Earle Spamer le ha sugerido lo siguiente:

"Bueno, ¿qué mejor curso de ciencia que tomar Arqueología? Fuera de tener que usar una vara de un metro, no se necesita ningunas matemáticas. ¿Qué otra ciencia requiere que uno estudie un tema sobre el cual entiende muy poco, que trabaje rodeado de tierra y polvo, que haga investigación con bailejos y cepillos de dientes, que mantenga en secreto la ubicación exacta de su área de estudio, que además deje la mayor parte de esa área no investigada, y que ubique lo poco que ha podido desenterrar (en su mayoría trozos de ollas y terejes cotidianos) en cajones inaccesibles, excepto para estudiosos autorizados, generalmente en otro país?. Matricúleme, por favor!" (*Annals of Improbable Research*, mayo 2006, vía K. Krist Hirst, del *Archaeology Newsletter* (about.com).



CIRCULANDO ...

Ballart, Josep, 2002, *El patrimonio histórico y arqueológico: valor y uso*. Editorial Ariel, Barcelona.

Ballart Hernández, Josep, y Jordi Juan y Tresserras, 2001, *Gestión del patrimonio cultural*. Editorial Ariel, Barcelona.

Calvo Trias, Manuel, 2002, *Útiles líticos prehistóricos*. Forma, función y uso. Editorial Ariel, Barcelona.

Colomer, L., P. González Marcén; S. Montón y M. Picazo, comps., 1999, *Arqueología y teoría feminista. Estudios sobre mujeres y cultura material en Arqueología*. Icaria Editorial, Barcelona.

Gamble, Clive, 2002, *Arqueología Básica*, Editorial Ariel, Barcelona.

Gnecco, Cristóbal, y Emilio Piazzini, eds., 2003, *Arqueología al desnudo. Reflexiones sobre la práctica disciplinaria*. Editorial Universidad del Cauca, Popayán.

Guilaine, Jean, y Jean Zammit, 2002, *El camino de la guerra. La violencia en la Prehistoria*. Editorial Ariel, Barcelona.

Juan Eiroa, Jorge; José Alberto Bachiller Gil; Ladislao Castro Pérez, y Joaquín Lomba Maurandi, 1999, *Nociones de tecnología y tipología en Prehistoria*. Editorial Ariel, Barcelona.

Johnson, Matthew, 2000, *Teoría Arqueológica. Una introducción*. Editorial Ariel, Barcelona.

Sanahuja Yll, María Encarna, 2002, *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*, Ediciones Cátedra, Madrid.

Sanchidrián, José Luis, 2001, *Manual de arte prehistórico*. Editorial Ariel, Barcelona.

ESCENARIOS ANTIGUOS III



ARQUEOMUSAS

Ernesto Salazar

En mis anteriores "Escenarios" (Cf. *Apachita* 5 y 6), he invitado a los lectores a considerar la reconstrucción del pasado en novelas y en filmes. Hoy entraré en terrenos movedizos, porque voy a hablar de ese cuasi-género que debería llamarse "poesía arqueológica" que, en el fondo, es sólo una versión moderna de la llamada "poesía de ruinas", típica del Barroco español. Por cierto, peligro hay de que me traguen las arenas literarias, de las que espero salvar mi pellejo de la mano de

una augusta musa que, delicadamente, me eleva hasta el Olimpo.

En cuanto a la poesía, en general, hay que resaltar que es la la fábrica excelsa de las musas, antes por demás desobedientes de las leyes del mundo físico y académico. Si el arqueólogo pretende que las musas se ajusten al modelo positivista de Hempel y Oppenheim, se va a dar con la piedra en los dientes. Las ruinas de Troya, por ejemplo, fueron mil veces cantadas, siglos antes de que fueran realmente descubiertas! Simplemente, las musas andan por dondequiera, desprecian la cronología, y hacen lo que les da la gana, sin que haya ley alguna que sujete sus etéreas caderas. Veán no más la famosa *Canción a las Ruinas de Itálica* (Rodrigo Caro, siglo XVII), en la que las musas se deleitan poniendo las palabras en completo desorden:

Estos Fabio / ay dolor / que ves ahora / campos de soledad / mustio collado / fueron un tiempo Itálica famosa. / Aquí de Cipión la vencedora / colonia fue; por tierra derribado / yace el temido honor de la espantosa / muralla, lastimosa / reliquia es solamente / de su invencible gente.

Sin embargo, tan augustamente desordenado es su texto, que estos versos han sido, a menudo, citados en Preceptiva Literaria, como ejemplo acabado de hipérbaton. No escapará al lector avisado que el hipérbaton literario hace extraordinaria coincidencia con el “hipérbaton arqueológico” de las ruinas. En este contexto, espero que los poetas excelsos no minimicen la cordial sugerencia de un humilde arqueólogo. Sugiero a nuestros vates que, si el monumento arqueológico objeto de su inspiración se encuentra aún en ruinas desperdigadas sin ton ni son, se haga uso y abuso desmedido del hipérbaton, que expresa bien la situación. En cambio, si las ruinas ya están excavadas y restauradas, las musas

deberían ser más consecuentes y utilizar hermosas metáforas sutilmente hilvanadas, que vayan grácilmente de camellón en camellón, de tola en tola, de acllahuasi en acllahuasi, de torre en torre, planeando soberanas sobre la eterna andesita de sus muros. Deben ir en claro “enfocado conjuntivo”, mas o menos como si Walter Taylor controlara su vaporoso caminar por cada elemento de las ruinas.

En este contexto, se puede decir que las musas de Neruda son mucho más educadas y sofisticadas, con más ganas de descubrir al artesano andino, como en ese poema épico llamado “Alturas de Macchu Picchu”:

Entonces en la escala de la tierra he subido / entre la atroz maraña de las selvas perdidas / hasta ti, Macchu Picchu.... / Aguila sideral, viña de bruma / bastión perdido, cimitarra ciega...

Aquí los pies del hombre descansaron de noche / junto a los pies del águila, en las altas guaridas / carniceras, y en la aurora / pisaron con los pies del trueno la niebla enrarecida, / y tocaron las tierras y las piedras / hasta reconocerlas en la noche o la muerte...

Yo te interrogo, sal de los caminos, / muéstrame la cuchara, déjame, arquitectura, / roer con un palito los estambres de piedra, / subir todos los escalones del aire hasta el vacío, / rascar la entraña hasta tocar el hombre...

Qué vértigo, *mon Dieu!* Va a costar bajar de semejante altura para hablar de la poesía arqueológica ecuatoriana, que tiene problemas de musas y problemas cronológicos. Para comenzar, esta poesía es un desbarajuste casi total. Los cazadores recolectores del período precerámico, por ejemplo, han quedado

te anudan la garganta, / qué piel desconocida / te abrasa ahora con su canto.

Maxilar con maxilar, / esternón con esternón, / fémur con fémur / en prohibida cópula / bajo el ardiente sol del Holoceno temprano. / Por qué la llevaste, cazador lejano, / por qué la llevaste al río / pensando que era mozuela, / cuando tenía marido...

Así, sin hipérbaton, porque los esqueletos ya están restaurados. Algo anda mal, sin embargo. Al releer mi “poema”, tengo la leve sensación de que se me ha ido el verso de algún otro colega, pero realmente no tengo tiempo para chequear referencias en los anales de la poesía y dar el crédito adecuado. Al fin de cuentas, estoy tratando solamente de dar una muestra de cómo abordar el amor contingente y ocasional, en un entorno post-pleistocénico de evidente mejoramiento climático.

Nuestro período Formativo es el más investigado en la arqueología nacional; se sabe bien sobre sus pueblos, sus shamanes, su comida. Además, las mujeres de Valdivia eran tan bonitas y exuberantes que, por miles de años, ganaron indefectiblemente el concurso “Miss Formativo”, atrayendo la envidia y maledicencia de las mujeres de Puerto Hormiga, Monsú y otros asentamientos tempranos. O sea, que deben haber por allí cientos de poemas exaltando sus encantos. Pues no, queridos lectores. Nadie se ha tomado la molestia. La chola cuencana tiene más poemas que las beldades valdivianas.

El período de Desarrollo Regional, tan rico en movimiento y exóticos placeres, debía haber suscitado en las musas nacionales una oda a la concha *Spondylus*, algún poema en romance sobre los comerciantes de larga distancia, alguna elegía de un orfebre Tolita, consumido en el crisol del oro y del amor.

en el olvido. Ernesto Salazar (Canto de la tierra profunda, 1967) era un poeta que prometía y hubiera sido perfecto para cantar a los pobladores primigenios. Lamentablemente, se metió en otras cosas, privando al parnaso arqueológico de la musa vehemente que parecía tener en el hipotálamo. Mas bien el poeta Iván Carvajal ha hecho algo para hacer quedar bien al período. Su poema “Los amantes de Sumpa” (1998), sería, según el prologo, “una de las piezas definitivas del poeta... y de toda la poesía ecuatoriana contemporánea”.

Diez mil años contra la sal perdura / tendido el abrazo que la tierra protege / del deseo / la frágil escultura / la muerte / constelación de los huesos / echada al azar / sobre las dunas / ¿rastros del amor? / huesos proféticos /es sólo tuyo junto al ritual de la Tumba)

Mmmm. Difícil opinar sobre un poema que viene, de primera, con tan altas recomendaciones, y además en papel Kimberly de 120 gr. Pero déjenme decirles una cosa. Los barrocos se agarraban de las ruinas arqueológicas sólo de pretexto, porque realmente querían hablar de las ruinas espirituales de su tiempo. Carvajal hace casi lo mismo, se agarra de los pobres esqueletos para tratar, en cambio, del amor eterno, lo cual está bien. Pero a un arqueólogo le hubiera gustado que la musa haya olido la carne sudorosa de un venado recién abatido, o que al menos se haya adornado el cabello con una florescencia de *Zea mays*. Un día de estos, ojalá las musas me dispensen una visita, para componer un poema que se atenga siquiera a la evidencia arqueológica. Algo así como esto:

Hermano arcaico, / húmero y ocre, / lanza en ristre, / Odocoileus virginianus en la niebla. / Hermana recolectora, / botella de Lagenaria núbil, / qué manantial te quema, / qué raíces

Pero nada. Todavía estamos esperando que nazca ese poeta.

Más bien en el período de Integración hay cierto revoloteo, aunque sólo de quindes, que apenas van de matorral en matorral. Uno de los poetas más entrañables de la profesión es el arqueólogo Pedro Porras (Amazonia, poemas salvajes, 1968; Cantos de la selva, 1957). Lamentablemente, no sé si por inexperiencia o dejadez, lo cierto es que Porras (en “Poesía”) hizo al Olimpo un pedido, que ningún poeta con ambiciones debe hacerlo:

Despojada a mi poema / de cada una de sus galas / quitadle ritmo y cadencia / quitadle versos y estrofas/ las hipóboles violentas / y los tropos peregrinos.

Y claro, el Olimpo le envió una musa de vuelo bajo, y con misión casi imposible para una entidad griega: cantar la naturaleza de la selva amazónica. Así que nuestra musa hizo lo que pudo, y en el ámbito arqueológico apenas se dio tiempo para posarse sobre una piedra y escribir el poema “Petroglifos”:

Herida está la roca por el hacha / que, en sus manos, sostiene / un dios vivo de bronce.../ Sol y luna y estrellas, / jaguares, ranas, monos.../ van quedando al conjuro del hombre-dios de bronce / y al ritmo acompasado de los golpes / dentro de la carne misma de la roca.

Ven lo que digo? Sólo a una musa inexperta se le puede ocurrir esculpir un petroglifo con un hacha!

En Azuay y Cañar, hay muchos poetas, algunos de “elevados quilates”, como dicen por allá, que no escatiman un poemita a su terruño, incluyendo las pertinentes ruinas arqueológicas. Algunos son, de paso, aficionados a la arqueología, razón por la que, en

sus trabajos publicados, incluyen siempre una “Sección literaria” para dar rienda suelta a sus musas, que dejan bastante que desear. J. Heriberto Rojas (Lugares de Turismo en la Provincia del Cañar, 1996) ha publicado acrósticos a la laguna de Culebrillas, a la Cara del Inca y al Ingachungana de Ingapirca.

Cíclopeo tallado del Gran Cañari / Abolengo que enaltece a su raza, / Raíz y ancestro de las guacamayas, / Al fiel conjuro de sus aravicus.

Así queda enaltecida una formación natural que parece tener ojos y nariz. Para mala suerte, un par de pencos han crecido encima de los ‘ojos’, dando la impresión de una verdadera cara con cejas pobladas, con lo cual creo que nadie se atrevería a desmentir al poeta.

Germán León Ramírez (Tierra y alma del Cañar, 1980), en cambio, es versificador de sonetos, a casi todas las ruinas del Cañar. Lamentablemente, su ingenua musa parece andar metida en el tráfico ilícito de antigüedades. Sólo así se puede entender el regocijo de los últimos versos del soneto “Casshaloma”:

Ningún pequeño lar de mi natío / carece de interés para el “huaquero” / ¡qué bella condición de honor, Dios mío!

No puedo dejar este ensayo sin hablar de “La Quiteida” (1952) de Remigio Romero y Cordero, la verdadera *chanson de geste* del antiguo Ecuador. Se trata de un libro entero de 475 páginas de versos, en las que el poeta canta las glorias del reino de Quito y de su caída ante los imperios inca y español. Epopeya pro-shyri, pro-duchicela, pro-inca, pro-española. O sea, odiosamente ecléctica.

Almo sol de mi América, en el templo / del Yavirac, sembré de jeroglíficos / las columnas de pórfido / de que todos los años / se asían los solsticios.../ Por las doce columnas de los meses, / como un amunta anduve / para leer la ciencia de los astros / y escribir, de los astros, en los quipos...

En Liribamba –en Shyribamba- frígida / del señorío puruhá, brillabas / salpicado de sangre ... / En Supay-Urco de Cañar la gélida / te vi junto al Demonio devorador de niños...

En el templo de Manta, / en el de la isla próxima, / toqué tus discos de oro / y consigné en bastones la armonía / que me dieron los discos...

Inti, Señor del templo de Caranqui, / del de Callo y de Tumbéz / del de Jatún-Cañar y Latacunga, / te vi con Mama Quilla, / con Chasca, Aguacacaqui, / Cogllor, Illapa y Cuichic/ - la luna, los luceros, las estrellas, / el rayo y el arcoiris-, / en tu templo toral de Tomebamba...

Bueno, lo consabido: discursos medio épicos, amorios (de la ardiente Sisa-Guantug, de la Yungaycela de “ojos de capulíes ya maduros”), batallas, carnicerías, suicidio ritual de cien vírgenes, cantos a la naturaleza ecuatoriana con largas enumeraciones de topónimos, animales y plantas vernáculos (algunas metáforas sabrosas: los senos de Mama Coclo [sic] son “dos lucmas de bronce”, los pezones erectos “canutillos” hechos de “un vidrio de tinieblas” y los labios “dos cintas de almíbares de moras, joyapas, chigualcanes” Qué rico!).

La musa de Romero y Cordero debe ser lingüista por su proclividad a crear insólitos derivados (el incaguasi “tomebámico”, la anciana “incaiquesa”, la “shyrica” Quito); pero musa atolondrada, al fin, borracha de

zhumir, que se pasa alabando por igual a los shyris, a los incas, a Puerto Bolívar, al río Tomebamba (bueno, esto está bien) y a los españoles que esperan en fila el espaldarazo olímpico de la inmortalidad.

Ni qué decir de esa especie de “anti-quiteida”, llamada otra vez “La Quiteida” (2004), del poeta Juan Francisco Morales, en cuyos versos se ve a las musas completamente locas y alienadas y, lo que es peor, sin ningún conocimiento de geografía. Quito, la “Noble Jerusalem”,

Es el barrio que pende de festón alado que se imbrica en el monte parnasiano / de los Andes que es el Rucu que es el Cuntur que es la magna cima de los Chinchas / donde moran las silfides Atenea e Ifigenia y los dioses Viracocha y Pachacámac...

El agua de cristales de quilate / corrió por el cauce previamente diseñado / en la ñahui [?] indostana, / es el Ganges que se llama Guachagmira, / Caoni / o Cayapas, deslizándose sus espermas en el delta.../ irrigando las sabanas que moran las deidades / venidas de Ilión o las Tebaidas del Atica / latina...

Uuuf, ya me cansé. En este punto, no sé si tomar una balsa en el Caoní y navegar hasta el Brahmaputra, o tomar un bus del Ecuador profundo, ruta La Marín-Amagasi-San Isidro-Buenos Aires, para irme a mi casa.

OK, esta ruta mejor. Bye.

